



La ley es un perro que muerde al mal vestido. Esta sentencia inolvidable e incommovible parece presidir toda la obra literaria de Manuel Rojas, el más grande novelista chileno de este siglo, aunque el opite otra cosa.

En ella, sin la traba y la injusticia y el odio que supone siempre la ley, él tal vez no habría escrito y sus manos y sus recuerdos habrían, seguramente, buscado otros materiales para darles forma y transformarlos en utilidad duradera. Esa habilidad artesanal, esa tranquilidad suficiente que emana de los ojos y de las palabras de Manuel Rojas se apoderan del lenguaje, más bien del tema, y él la va aplicando con suavidad, aunque no con dulzura, al cuerpo y al alma de sus personajes, y entonces, después de un lento trabajo invisible, a veces demasiado palpable, aparece el hombre que viene saliendo de adentro de la ley, mordido y golpeado por ella, a veces algo desahogado y paralizado, pero nunca amargo, nunca frapado ansias, como dicen los mexicanos.

Los personajes de Manuel Rojas son como él, desde muy lejos callados, esencialmente solitarios, con destino de solitarios, con vocación de soledad y este modo de ser o de transformarse, o de ser transformados involuntariamente por la vida, por las injusticias, por los sufrimientos, no parece herido o conmovido, ya que no se quejan, y sobre todo, no hablan mucho de sus indelebles heridas. Cualquiera de sus pobres héroes puede estar, sin embargo, toda una jornada contando sus penas, como el protagonista que se emplea de cómic en un circo, sin tener mayores condiciones históricas, fuera del historicismo que otorga esa costumbre que es el sufrimiento finalmente, o como el protagonista de "Punta de Miel", puede hablar todo el tiempo, con relativa y detallada frialdad, como si él fuera exterior a esa terrible historia. Puede que no hagan otra cosa que hablar y, sin embargo, dan ellos una sensación total e irreversible de la comunión de tipos pensativamente mudos y silenciosos, parecen de repente estar haciendo un simple primer informe de sus desventuras, parecen los actores de sus propias sufrimientos, sin agregar nada más, sólo el sufrimiento, sólo la desventura, pero no el comentario de la desgracia. Y es así, con esa técnica palpitante que no interesa a las tesis ni a la historia y que casi siempre, por supuesto, no les interesa tampoco a éstas, obras maestras como "El vaso de leche" o "Laguna", aparecen simples y desnudas, puras y despojadas, como sus temas y sus personajes. Al leer esa aparente diligencia se diría que la maldad o la mala suerte no tiene imaginación.

Es una literatura que está más allá de la literatura, pero no más allá de la vida, es sólo la vida, la oscura vida cotidiana, no para olvidarla, ni para ventarse ni para sacar tajadas de filosofía, no, tal vez sólo para descansar, para sacar un poco la respiración hasta la próxima etapa, hasta el otro sufrimiento, hasta la próxima inevitable experiencia y ese hallazgo pasajero de la aventura, de la risa, del amor, del enojo y la imaginación evocadora junto a tanta desgracia y tanta soledad.

Piedad, ternura, amor a la humanidad, amor al sufrimiento y al ser que lo agrega, el pobre, el poseído, el perseguido, el humillado, el miserable, el miserable de cuerpo y de alma, el ser que tiene hambre física y metafísica, son las características de este escritor enorme que ha recorrido a pie el sufrimiento de Chile y de toda América y de gran parte del mundo viejo, que ha conocido las injusticias y vejámenes que sufren los negros, los mexicanos, los haitianos, los portorriqueños en el corazón de la urbe neoyorquina, en los conventillos verticales de la calle 42, y ha

Ante la muerte de Manuel Rojas, "La Quinta Rueda" solicitó a Carlos Droguett, uno de sus mejores amigos, que escribiera sobre su vida y obra.

Atareadísimo por diversos libros que actualmente prepara, Droguett no podía escribir el artículo, pero sugirió que se utilizara un capítulo de su última obra ("Escrito en el viento"), dedicado a Rojas que gustó sobremanera al escritor desaparecido.

la oscura vida radiante

Carlos Droguett



Manuel Rojas

constatado que es siempre la misma enfermedad, la misma terrible realidad, que, recién ahora, en estas inolvidables décadas, primero en Cuba, después en Chile, va a ser derriba y desterrada para siempre.

Ahora Manuel está otra vez en La Habana y creo que se quedará largo tiempo en ella, en esa realidad y esa inspiración que es ahora la vida para el trabajador y para el artista, pues me hablaba de permanecer largo tiempo para escribir su nueva novela, que se ambientará y circulará, si el destino del protagonista no plantea otra cosa en el último momento, entre Miami y Varadero, entre Puerto Rico y Santiago de Cuba. Mientras lo recordamos y caminamos por Corrientes de regreso al hotel, le digo de repente a mi mujer, ¿te das cuenta?, Laguna está otra vez en Buenos Aires. El vagabundo chileno, el esmirriado y poquita cosa de hombre, que sufría y no se quejaba, que

medad y mucha luz difusa y expectante ahí en el obelisco, como si algo malo fuera a pasar, pero no es nada. Laguna, no pasa nada, es sólo la vida que te llena y te atraviesa y te deja con los labios entrecabiertos soñando más lejos, como si tuviera sed y hambre desesperada, como el joven marinero desesperado, mientras la vida le grita condescendiente e indiferente: Hello! What?, como testifica textualmente su desgracia.

Dos tipos que sufrieron callados, dos tipos que se perdieron callados en cualquier esquina de la vida, pero que encontramos otra vez aquí, esta noche también de tránsito para nosotros, al atravesar la calle para entrar al hotel. Se nos ocurre de repente que van del brazo, un tanto embriagados por el sufrimiento o por el estupeor de estar otra vez vivos en estas calles empapadas y resbalosas, en la humedad del verano sucio. Me habría gustado conversar con ellos, caminar mañana por la mañana los barrios acobardados en que ellos y Manuel pasaron su infancia, su juventud, su temprana soledad, en que empezaron a oler la terrible vida, como después la ley, ese perro con collar exclusivo y silencioso, los oía a ellos y a sus zapatos antes de morderlos, pero tenemos pocas horas, como el marinero, como Laguna, como ellos también testigos que irán. En la esquina de Cerrito y Corrientes los miramos atravesar la calle en nuestro persistente recuerdo. Si, van hacia la diagonal Blanes Peña en busca de algún turismo barato, de algún vino barato, de algunas piernas baratas, entre los dos juntarán más monedas de esperanza que de desesperación y desde ahí olerán el río y el mar abierto. Por eso se mantienen vivos y, en verdad, se mueren, se van, desaparecen, para aparecer resucitados allí o aquí, en todas partes, pues por ahí son los testigos eternos del desamparo, pero también del enojo y la ilusión y todavía recuerdo mis lágrimas de niño cuando leía la sencilla historia del marinero que tenía hambre, después leía la historia de ese otro conmovido y digno hambriento, que es el protagonista de Knot Hammon, y en la memoria, en el recuerdo, en la pena y la simpatía, y también en la soledad y futura experiencia técnica, los transformé a ambos en un solo arrebatado protagonista, en una sola e inevitable necesidad y todavía pienso en ellos como tema de probable tesis y de necesario dolor.

Porque el vaso de leche se mantiene puro e inmutuable y siempre tiene, siempre dispuesto a recibir la imaginación y la acción de las nuevas conversaciones que sufren y que sueñan, es piedra de toque, plena etérea y fundamental, es un fácil símbolo y una enseñanza, incluso, como creo haberlo dicho, una enseñanza estética. Todo es esta sencillez e indiferente vastedad, esta frágil y quebradiza cruza a la que han de ir en peregrinación, aunque no quieran todos los que en este país y en otros países vagan en busca de la belleza y de la bondad y la justicia a través de la belleza.

Por lo demás, y ya lo hemos dicho también o insinuado, no es este cuento maestro en la literatura española de este siglo el único que nos muestra la capacidad de Manuel Rojas para captar en su tremenda sencillez, en sus pavorosa e increíble sencillez, este milagro monstruoso que es el sufrimiento. Pero como sus protagonistas alocados ante lo irreparable, el autor cree en la vida, cree en la bondad y en la verdad definitiva de la vida; que el hombre la ha malreado y sigue malreado, es otra cosa.

No por nada está en La Habana otra vez, no por nada es la próxima novela libre como "Ulises" verso de Martí: "La oscura vida radiante". Parece, de repente, tema y título para la biografía de Manuel Rojas.

Quinta Rueda No 5
Santiago..

La oscura vida radiante. [artículo]

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La oscura vida radiante. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile